

30 años de búsqueda. La Teoría Económica en América Latina

Enzo Del Bufalo

Enzo Del Bufalo: Economista y profesor universitario venezolano. Maestría en Planificación del Desarrollo (CENDES-UCV) y Maestría en Filosofía en la Universidad Simón Bolívar. Autor de diversos libros, entre los cuales cabe mencionar: "El Pensamiento Crítico Latinoamericano" (coautor E. Paredes), "Crisis y Transformación en la Economía Mundial" (coautores C. Granier y S. Albi), "Los Límites de la Teoría Económica: introducción a la teoría poskeynesiana" (por publicar).

El artículo sustenta la tesis según la cual nunca ha habido algo que en propiedad pueda llamarse una teoría económica latinoamericana, puesto que tanto el desarrollismo como el dependentismo nunca fueron más que especificaciones de la teoría económica neoclásica y del marxismo respectivamente. Además se afirma que la contribución venezolana a las mencionadas especificaciones teóricas fue muy escasa y se intenta una breve explicación de este hecho. Seguidamente, se sugiere que cualquier elaboración teórica seria debe tener un valor universal y no meramente en el ámbito latinoamericano, y que por primera vez se abre la posibilidad de una real contribución latinoamericana a la teoría económica universal. En efecto, la crisis de la teoría ortodoxa determina una coyuntura favorable para que América Latina participe en los esfuerzos por reconstruir una mejor teoría económica.

La crisis iniciada en 1929 en los Estados Unidos, propagándose luego al resto del mundo, había puesto de actualidad los problemas relacionados con el estancamiento económico y con el desempleo. Con la publicación de la "Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero", de Keynes, la teoría económica, hasta entonces totalmente dominada por la ortodoxia neoclásica, empezó a preocuparse por estos temas, incorporándolos a la discusión teórica. Poco después, otro economista inglés, John Hicks, difundía en el mundo anglosajón el modelo del equilibrio general walrasiano, que proporcionó un marco teórico general en el cual

se insertaron algunas de las ideas de Keynes sobre la insuficiencia de la demanda efectiva. Nació así este extraño híbrido conceptual denominado keynesianismo que armado de salarios rígidos, de ilusiones monetarias, de las cunas IS y LM y similares, pretendió fundamentar científicamente la política monetaria y en especial la política fiscal de un Estado que se había declarado francamente intervencionista.

EL DESCUBRIMIENTO DEL SUBDESARROLLO

Pronto vino la guerra y poco después el auge de la posguerra y la curiosidad de los teóricos se desplazó hacia el tema del crecimiento económico. Mientras algunos de ellos se dedicaban a la construcción de modelos teóricos puros para probar las bondades del enfoque keynesiano o para reprobalo en favor del enfoque neoclásico, otros, menos atareados con los conceptos, empezaron a descubrir que allende las fronteras del mundo industrializado existía una gran parte del planeta ocupada por un sinnúmero de países coloniales y semicoloniales cuyo escaso crecimiento económico aparecía a todas luces imputable al atraso. Obviamente se trataba de sociedades que aún no habían recorrido todo el camino histórico necesario para alcanzar el capitalismo industrial. Se empezó a decir, pues, que la economía de estas sociedades atrasadas era incapaz de generar endógenamente todo el ahorro suficiente para financiar la inversión necesaria para un crecimiento acelerado. El énfasis en la insuficiencia de ahorro como restricción al crecimiento era una derivación natural de la visión neoclásica y una oportuna apología de la libertad para la inversión extranjera, la cual, en aquellos años, constituía el elemento más sobresaliente de las relaciones económicas entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado.

Pero el marco conceptual neoclásico en el cual se apoyaba también la nueva ortodoxia keynesiana no permitía apreciar aquellos rasgos que le daban especificidad a los países atrasados. Al menos así le pareció a Arthur Lewis¹, quien decidió recurrir a Ricardo para analizar las economías en las cuales un sector capitalista convivía en relación simbiótica con un sector de subsistencia. El subdesarrollo dejaba de ser una simple expresión del atraso histórico para convertirse en un problema estructural. Esto se vio claramente en América Latina, la cual gracias a los trabajos de la CEPAL y de individualidades vinculadas a ella, entró con voz propia en el debate, que hasta ese momento se había conducido en inglés. Prebisch² insistió mucho en que la estructura social de América Latina era

1 Lewis, Arthur: *Economic Development with Unlimited Supplies of Labour*, The Manchester School, 1954.

2 Prebisch, Raúl: *Hacia una Dinámica del Desarrollo Latinoamericano*, FCE, México, 1956.

un serio obstáculo al desarrollo. La mala distribución de la riqueza y el estrangulamiento del sector externo por el deterioro de los términos de intercambio tendían a frenar la acumulación de capital. Por su parte, Celso Furtado³ ponía el acento en la estructura híbrida como lo característico del subdesarrollo el cual no debía confundirse con el simple atraso.

El **estructuralismo cepalino**, aun cuando matiza con cierto colorido local el debate económico sobre el crecimiento (que si acompañado de las reformas estructurales prescritas se convierte en desarrollo), **no es una "teoría económica latinoamericana", es tan sólo una manera de mirar los problemas de América Latina con ojos disciplinados por la teoría neoclásica**. El desarrollismo cepalino es un programa para la acción estatal, cuya justificación teórica se basa en una composición de conceptos sociológicos agregados al marco teórico neoclásico que le sirve de trasfondo, sin ningún rigor metodológico. En la medida que pueda hablarse de teoría, el desarrollismo constituye un híbrido de naturaleza dual (estructuralismo y neoclasicismo), como el supuesto dualismo estructural de la realidad que lo ocupa.

El éxito del dualismo estructural no se limitó al círculo cepalino; de hecho, mucho antes de que este último se desarrollara, los intelectuales latinoamericanos vinculados al marxismo de la Tercera Internacional sustentaban la tesis de manual según la cual en los países de América Latina convivían, el uno al lado del otro, el modo de producción feudal y el modo de producción capitalista⁴. Y algunos llegaron a detectar un sinnúmero de modos de producción más. También en este caso se trataba de una justificación apresurada de una política de apoyo a las "burguesías nacionales", más que una verdadera explicación teórica de la realidad latinoamericana.

No fue sino en los años setenta cuando se intenta un esfuerzo serio por repensar el tema del subdesarrollo. Vinculándose a la tradición de las teorías del imperialismo de la Segunda Internacional, a través de los trabajos de los marxistas norteamericanos Baran y Sweezy, G. Frank convirtió al subdesarrollo en la otra cara del desarrollo, negándole toda relación con el atraso en el crecimiento de las estructuras o del modo de producción. Frank se benefició del nuevo clima intelectual de la CEPAL, don de un grupo de sociólogos⁵ de inspiración marxista había elaborado el concepto de dependencia para mostrar que el imperialismo no

3 Furtado, Celso: Desarrollo y Subdesarrollo, FCE, México, 1961.

4 Del Bufalo, Enzo y Paredes, E.: El Pensamiento Crítico Latinoamericano, Nueva Sociología, México, 1979.

5 Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo: Dependencia y Desarrollo en América Latina, Siglo XXI, México, 1969.

era una simple subordinación externa de los países periféricos al centro de acumulación capitalista, sino que, por el contrario, la subyugación se expresaba en la propia composición de clase interna del país dependiente.

Así pues, el dependientismo, polemizando tanto con el desarrollismo como con el marxismo tercerinternacionalista, se dedicó a demostrar que el subdesarrollo era tan moderno como el desarrollo y que la burguesía nacional tenía intereses creados en el mantenimiento del statu quo. Por lo tanto, nada de reformas o de revoluciones burguesas. La única posibilidad de salida del subdesarrollo era la revolución socialista que rompiera los lazos que ataban al país dependiente del sistema capitalista internacional. Al menos esta tesis fue la de mayor aceptación en los primeros años del dependientismo entusiasta. Pero con el correr de los años, el dependientismo se fue enervando y el término "dependencia" se incorporó al uso común de políticas y organismos oficiales.

Desde el punto de vista de la elaboración teórica, el mayor mérito del dependientismo fue el de estimular a los intelectuales latinoamericanos a leer directamente a Marx en lugar de depender de los manuales moscovitas. Tampoco en este caso puede encontrarse una elaboración sistemática, sino más bien un conjunto metodológicamente heterogéneo de análisis sobre aspectos parciales de la realidad latinoamericana cuyo denominador común era el concepto de dependencia, el cual, además, al desvincularse del análisis de clase originario para convertirse en un concepto económico, terminó perdiendo toda especificidad, denotando vagamente cualquier tipo de subordinación. Otros conceptos centrales del discurso dependientista como clase y Estado jamás fueron objeto de una reflexión seria, aunque sí fueron empleados profusamente.

En suma, **el dependientismo no pasó de ser más que una matización latinoamericana de las teorías del imperialismo, del mismo modo en que el desarrollismo lo había sido de la teoría económica ortodoxa**. Quizás, aquél representó un esfuerzo por teorizar más serio y profundo que este último. Ciertamente, en ninguno de los dos casos puede hablarse de una "teoría latinoamericana", a lo sumo se trata de aportes a discursos que como el caso de la teoría neoclásica y del marxismo tenían su marco plenamente desarrollado.

LA CRISIS DE LOS SETENTA

Sobrevino la década de los setenta y al transcurrir de los años el entusiasmo por la revolución cubana fue decayendo y el socialismo empezó a ser un concepto mejor problematizado, más que una simple y vaga panacea para los males del

subdesarrollo. El "milagro" económico brasileño parecía indicar con hechos que el subdesarrollo era un proceso reversible incluso sin abandonar el campo capitalista. En el escenario internacional aparecieron unos nuevos protagonistas: las empresas transnacionales, cuyo *modus operandi* abría una nueva dimensión en las relaciones económicas internacionales. Ya no era posible tratar todos los problemas que afectaban a los países subdesarrollados en el ámbito delimitado por el par centro-periferia. El capital se estaba transnacionalizando y la economía mundial aparecía con creciente evidencia como algo más que un conjunto de economías nacionales. Se estaba consolidando una economía mundial integrada cuya complejidad no podía aceptarse con la óptica provinciana del dependientismo. Más aún, esta economía estaba sufriendo de desajustes monetarios, de inflación, de crisis energética y de recesiones que, en conjunto, estaban configurando la sintomatología de una grave crisis, la cual se extendía también a las relaciones entre el Norte desarrollado y el Sur subdesarrollado. La problemática latinoamericana debía repensarse dentro de este contexto.

Además de los cambios en el escenario internacional, la ola de dictaduras militares que se abatió sobre el subcontinente, afectando principalmente al cono sur, productor tradicional de desarrollistas y dependientistas, coadyuvó a la muerte de estas teorizaciones. Y no sólo gracias a los métodos represivos que se emplearon. Los militares barrieron con el desarrollismo oficialista e intentaron aplicar recetas económicas inspiradas en las tesis monetaristas que ya habían ganado aceptación en el mundo desarrollado en los años iniciales de la década. De esta manera, la América Latina bajo dictaduras militares entraba a formar parte del campo de ensayo de políticas económicas que se inspiraban en una teoría hostil al keynesianismo neoclásico que era la matriz teórica del desarrollismo.

En efecto, el keynesianismo que había acompañado el auge económico de la posguerra en los países industrializados, no había podido dar respuestas acertadas a la creciente inflación que esas economías empezaron a confrontar a finales de los sesenta.

El monetarismo atacó con éxito los fundamentos de ese híbrido y no tuvo dificultad en poner en evidencia su inconsistencia teórica. Propugnaba un retorno a una teoría económica neoclásica depurada, revalorizando la capacidad de las leyes de mercado para corregir los desajustes económicos a la vez que imputaba la causa de estos últimos al control estatal.

Al acercarse la nueva década de los ochenta, el panorama teórico latinoamericano había cambiado profundamente. La ortodoxia marxista se había derrumbado con

el reflujo conservador que embargó al mundo occidental y con la caída del mito del socialismo real. Curiosamente, el dependentismo que había contribuido a romper con la dogmática tercerinternacionalista se veía afectado por la caída en desgracia de la teoría económica marxista que le servía de fundamento. Por otra parte, el colapso de la teoría económica keynesiana había dejado sin fundamento teórico también al desarrollismo. Para aquellos investigadores que no estaban dispuestos a atrincherarse en viejos prejuicios, los nuevos tiempos les imponían la necesidad de emprender un estudio sistemático de la teoría económica. Esta necesidad ha sido compartida por los economistas de los países desarrollados, los cuales, después del mencionado derrumbe de la ortodoxia neoclásico-keynesiana se han visto obligados a escoger entre neoclasicismo puro, monetarismo, keynesianismo, poskeynesianismo. La discusión universal versa ahora sobre la mejor forma de interpretar la economía mundial.

Una teoría económica latinoamericana no puede ser una excusa para la falta de rigor teórico o para construir teorizaciones válidas tan sólo para los subdesarrollados. **Sólo se podrá hablar en propiedad de una teoría económica latinoamericana o, mejor aún, de una escuela latinoamericana de economía, en la medida en que la producción teórica del subcontinente haga contribuciones válidas de carácter universal al actual proceso de reconstitución de la teoría económica** . Esta parece ser la actitud prevaleciente en los investigadores latinoamericanos más jóvenes, que son los que en definitiva deberán llenar el vacío dejado por las viejas concepciones.

En aquellos países donde las vicisitudes políticas no han arrasado con todo tipo de actividad intelectual que valga la pena, se están formando pequeños grupos de economistas inconformistas.

LA MISERIA DE LA ECONOMIA

La contribución venezolana a las teorías del subdesarrollo ha sido muy modesta. Tan sólo un pequeño grupo de investigadores, entre los que resaltan los nombres de Héctor Silva Michelena, Armando Córdova y Héctor Malavé Mata, intentó abordar el tema del subdesarrollo venezolano. El escaso desarrollo económico y el clima político despótico, combinado con la afluencia de abundantes recursos del petróleo, son las causas del letargo intelectual que sufrió el país en la primera mitad del siglo. Las primeras propuestas de políticas desarrollistas fueron esbozadas en el interregno democrático de 1945-1948, algunas de las cuales fueron llevadas a cabo por la dictadura de Pérez Jiménez. Pero durante esos años fue poco incluso lo que se pudo enseñar y la posibilidad de elaboraciones teóricas era

impensable.

Al comenzar el período democrático, lo que en la Universidad Central de Venezuela (UCV) se entendía por teoría económica era un eclecticismo basado en el keynesianismo neoclásico a lo Samuelson y en los trabajos de Prebisch, de Furtado, con un toque del manual de economía de la URSS. El país había entrado en una fase de sustitución de importaciones y Jorge Ahumada iniciaba en el recién creado Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) los estudios para planificar el desarrollo del país. Mientras tanto, en CORDIPLAN se ensayaban los modelos de crecimiento de Timbergen.

Nada de esto constituía lo que en propiedad puede llamarse elaboración teórica; pero eran las primeras manifestaciones de actividad intelectual organizada e institucionalizada en torno a aspectos económicos que se realizaba en el país. Luego, vinieron los trabajos que intentaban definir teóricamente los aspectos del subdesarrollo para estudiar el tipo de dependencia característica de la economía venezolana. Su éxito contribuyó a defender el marxismo estructuralista que fue desplazando el eclecticismo desarrollista. En los años setenta, el dependentismo marxista se convirtió en la teoría científica oficial de la Facultad de Economía que repetía incansablemente las mismas tesis de todas las materias de los pensa de las escuelas y que orientaba las investigaciones del CENDES y las del Instituto de Investigaciones Económicas.

Sin embargo, la producción teórica se limitó a unas cuantas obras del período inicial que no tuvieron sucesores. La universidad se encerró en sí misma, mientras el resto del país se abastecía en el exterior para proveer sus escasas necesidades teóricas.

En este ambiente, en el cual sólo aquello que podía ser respaldado con una cita de Marx era científico y el resto relegado al ámbito de la ideología, no todo era negativo. Hubo hasta los que se dedicaron a estudiar a Marx concienzudamente aunque algunos de ellos nunca pudieron entenderlo, no obstante sus buenas intenciones. Sin embargo, la mayoría permaneció aferrada a un dependentismo cada vez más estancado y dogmático.

La nueva situación nacional fomentada por el auge petrolero y los cambios ya mencionados en la economía internacional propiciaron también en Venezuela el derrumbe de los viejos mitos que habían sustentado a la izquierda. Mientras algunos se retiraban a la vida privada, otros saboreaban las comodidades de la vida democrática y la universidad fue aliviada de la presión que ejercía la

militancia política. Ahora era posible replantear la relación entre el marxismo y la teoría económica desde una perspectiva puramente académica. Se destinaron muchas horas de esfuerzos y angustia para resolver el problema de la transformación de los valores en precios que, según la opinión prevaleciente, era el tema clave para salvar la teoría científica de Marx. Desafortunadamente, la escasa formación matemática de la mayoría de los profesores de la facultad no fue de mucha ayuda y la escasa información que llegaba a la escuela de las actividades académicas en el mundo exterior no fue suficiente para que se supiera que el problema técnico estaba resuelto.

En todo caso, lo que vale la pena resaltar es que el adoctrinamiento cientista que el marxismo estructuralista había impuesto a los economistas formados en la escuela se volvía ahora precisamente contra él. Se empezó a escuchar el rumor de que la teoría económica era ideología y no ciencia, porque no podía explicar los precios. Esto no era más que un eco de lo que ocurría en ciertos círculos europeos, donde se empezaba a derrumbar - también allí - el marxismo oficial de los PCs. En honor a la verdad, hay que subrayar el hecho de que el prejuicio que quiere que el marxismo sea la verdadera ciencia económica en oposición a la ideología burguesa, no nació con el dependentismo sino que se remonta a los cenáculos de la Segunda Internacional, cuando bajo el influjo del positivismo se exaltó la teoría del valor trabajo. El dependentismo exacerbó esta vieja herencia, al hacer del marxismo la ciencia que explica la estructura económica del capitalismo a partir de la teoría del valor trabajo.

El colapso del dependentismo creó un clima propicio para que, por primera vez, la discusión sobre la teoría económica se colocara dentro de los parámetros del pensamiento económico universal, al tiempo que el marxismo recuperaba su condición de discurso crítico de la sociedad capitalista metodológicamente incompatible con toda teoría económica. Sin embargo, esta segunda opción no interesa a los economistas y la dejaremos de lado para centrarnos en la primera.

EN BUSCA DE LA TEORIA ECONOMICA

La llegada de la década de los ochenta encuentra a la Escuela de Economía de la UCV bien dispuesta y deseosa de salir de su encierro, de abrirse al país y de redescubrir aquella teoría económica que hasta hace pocos años era ignorada y anatomizada como ideología burguesa. Entre aquellos que no se resignan a dejarse llevar por la desidia, **se abre paso la convicción de que hay que liberarse de todo prejuicio localista; de que el desarrollo no puede ser una excusa para ignorar el pensamiento económico universal; de que toda auténtica elaboración teórica**

debe partir del reconocimiento de que hay un camino andado por más de doscientos años que no es legítimo ni beneficioso ignorarlo, ya sea que se quiera seguir en esa dirección, ya sea que se quiera romper con él . A mi juicio, esta actitud es un hecho de la mayor relevancia, pues sienta la base para reiniciar la elaboración teórica en Venezuela, abortada después de los primeros trabajos dependentistas. Y esta vez no se trata de adecuar a la realidad venezolana o latinoamericana discursos teóricos elaborados en el mundo desarrollado, sino de participar en el debate teórico en un momento en que la economía se encuentra en una profunda crisis mundial y en la que las escuelas del pensamiento económico se destrozan mutuamente en el intento de ocupar el vacío que dejó el derrumbe de la ortodoxia neoclásico-keynesiana de la posguerra. Pero para poder aportar es necesario enterarse primero de la discusión y, más aún, entrar en conocimiento de las teorías que se disputan el terreno.

Al abrirse las ventanas de la fortaleza dependentista, entraron inmediatamente los vientos del monetarismo friedmaniano que habían empezado a llegar a las costas de Venezuela algunos años antes. Si bien la moda monetarista estaba en decadencia en el mundo académico desarrollado, aquí fue saludada como la gran novedad. Y con el monetarismo se redescubre la teoría neoclásica despojada de los aditamentos keynesianos. El núcleo central de esta teoría - el equilibrio general - deslumbra por su elegancia formal que, según la opinión de muchos, es la que debe tener la verdadera ciencia, y fascina por las maravillosas propiedades del mercado que de él se desprenden. En un ambiente poco acostumbrado al formalismo matemático y a la elegancia conceptual, el neoclasicismo fue acogido con entusiasmo por unos y rechazado con desprecio por otros, pero mal comprendido por todos. Se le atribuyeron virtudes y vicios que no siempre tenía. Más que su valor intrínseco como teoría, lo que interesaba era hacer una apología interesada del mercado o una defensa no menos interesada del socialismo. Lo único que no interesaba era la carencia compartida de rigor. En medio de la ira impotente de los incondicionales del dependentismo y del entusiasmo acrítico de los más ingenuos, la "ciencia" económica en ropaje neoclásico fue ganando terreno en la UCV, causando el desconcierto entre todos aquellos que, por no ser economistas o por falta de formación, se sentían desarmados y apabullados por las tesis arcaicas de una teoría que no podían refutar, pero que no los convencían. Y de este desconcierto empezó a renacer el interés por la discusión teórica.

Si bien el neoclasicismo constituye el marco teórico general de la corriente principal del pensamiento económico en las universidades e instituciones especializadas del mundo occidental, está muy lejos de ser la "ciencia" económica compartida por todos. La razón es que la llamada teoría económica neoclásica no

es más que una sinécdoque del intercambio puro, que como lo dice su nombre, sólo explica los precios relativos en una economía instantánea de trueque y que luego se pretendió extender a otras áreas de la economía. Debido a sus características metodológicas, la economía neoclásica no puede explicar ni mucho menos predecir el comportamiento de una economía monetaria y de producción orientada hacia el mercado, es decir, de una economía capitalista como la moderna. Así lo sostienen los teóricos poskeynesianos que se esfuerzan por rescatar el método original de Keynes o de los clásicos ingleses para construir una teoría económica nueva menos estéril que la neoclásica. Así fue que, poco después de la entrada estridente del neoclasicismo que vino acompañado por Hayek, llegó a la Escuela de Economía la noticia de que la teoría neoclásica no era ni la máxima frontera del saber científico ni el último grito de la moda en materia económica. Y hasta hubo alguien que se puso a decir que ni siquiera podía explicar los precios en presencia del capital. Pero los nuevos neoclásicos no se dejaron intimidar por estos odiadores empedernidos del mercado y después de unos tímidos intentos de discusión, siguieron impertérritos su obra evangelizadora para rescatar las víctimas del obscurantismo marxista.

CONCLUSIONES

En suma, la situación actual del pensamiento económico en Venezuela puede resumirse como sigue. Al lado de una mayoría menguante atrapada en los viejos esquemas desarrollistas y dependentistas, se ha abierto paso un grupo que se esfuerza por recuperar el tiempo perdido asimilando el neoclasicismo en sus últimas variantes. Para esta gente, por razones de método, no sólo el subdesarrollo sino cualquier especificidad propia de los países como Venezuela pierde todo sentido. En efecto, la economía neoclásica que nació como una lógica combinatoria del intercambio, frente a sus evidentes fracasos para explicar los problemas de la producción, de la distribución y del crecimiento, ha ido derivando en una vacía teoría de la elección, centrada en un agente individual que enfrenta opciones en un contexto dado. Este grupo se aproxima rápidamente al límite del verbalismo estéril, su mérito es el de haber sacudido el adormecido ambiente intelectual en el cual se formó.

Existe también otro grupo, más reducido y menos conocido, que comparte con el anterior el deseo de renovar el pensamiento económico venezolano, pero que no está dispuesto a renunciar a tratar los temas centrales de toda teoría económica, es decir, la producción, la distribución y el crecimiento, y por ello se ha aproximado a las corrientes poskeynesianas que prometen líneas de investigación más serias y fecundas. Como quiera que la metodología poskeynesiana no desdeña el

tratamiento de las instituciones en su elaboración teórica pura, es posible rescatar e incorporar las características específicas del subdesarrollo en el marco de una teoría universal de la producción, distribución y crecimiento cuyos primeros cimientos están siendo esbozados por los poskeynesianos de todo el mundo. No hay razón para que los economistas latinoamericanos no aporten su contribución a este esfuerzo. De manera que el poskeynesianismo puede representar la superación del dependentismo y no su simple negación. En efecto, para los neoclásicos, el subdesarrollo vuelve a ser simple atraso: se debe a que por razones históricas e idiomáticas el mercado no se ha consolidado en estas tierras tropicales. En cambio, los poskeynesianos no tienen ninguna dificultad en comprender el subdesarrollo como resultado de instituciones pasadas y presentes.

Esta tripartición de la orientación actual del pensamiento económico no es exclusiva del caso venezolano; en México y Brasil ocurre lo mismo y posiblemente también en el resto de América Latina. Además, si se homologan el desarrollismo y el dependentismo con sus contrapartes en el mundo desarrollado, es decir al keynesianismo neoclásico y al marxismo estructuralista respectivamente, entonces la situación latinoamericana luce igual a la del resto del mundo occidental, en el cual cuatro grandes corrientes de pensamiento se disputan la verdad económica, con una mayoría neoclásica entronizada en el poder académico que se alimenta de los prejuicios tradicionales y una minoría poskeynesiana que se esfuerza por rehabilitar la teoría económica, mientras los socialistas y los viejos keynesianos aguardan desconcertados.

Por el momento, no cabe esperar aportes sustanciales de la región al desarrollo de la nueva teoría económica. Este es un período de estudio y aprendizaje para ponerse al día que, cabe esperar, en pocos años dará sus frutos.